


CANTIGAS DE SANGRE

NIEVES MUÑOZ

CANTIGAS
DE SANGRE



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: junio de 2024

© Nieves Muñoz, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6457-6

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B 10042-2024

Impreso en España

DÍA DE JUSTICIA

El vulgo clama sangre.

La furia choca contra las piedras del muro exterior del castillo y salpica los charcos de la rúa del Mercadiello; se mezcla con el barro de esos días de invierno en los que un cielo despejado permite que el sol deshaga las placas de hielo. La música desgranada por las cuerdas de la fídula y el resonar de la piel tensa de la pandereta han enmudecido. En esta ocasión, la familia nómada que ha traído sus canciones no es la protagonista del espectáculo. La mujer posa las manos sobre los hombros de un niño en el que ya se atisban las hechuras del adulto en el que se convertirá. El hombre, que acaricia las cuerdas de su instrumento en un gesto mudo, frunce el ceño ante la algarabía. Son artistas. Admiran la belleza, no el castigo ni la muerte.

Los insultos se escupen y el vaho se eleva a través de las gargantas como una sola voz. Asaltar en los caminos supone una afrenta hacia Semura entera. La seguridad de las rutas es esencial para el comercio, y la ciudad, siempre fronteriza, ojo avizor sobre el enemigo desde la muralla, no perdona que un desheredado rompa la paz. El hombre aguarda arrodillado y cargado de cadenas, pero aún no es su turno. Es día de justicia, y existen más rencillas y castigos que impartir.

Sobre la tarima, sentados en butacas de madera, los miembros del concejo. Caballeros de valía probada en combate que, tras defender las tierras de sus padres de los moros,

se establecieron en la ciudad del río Duero para hacerla resurgir de sus cenizas. Piedra a piedra. Los rostros severos, las anchas espaldas cubiertas por mantos sujetos al hombro, las calzas de colores vivos ajustadas a las piernas. Ciñen la espada a la cintura por ser un día grande y lo observan todo con mirada afilada. Sobresale entre ellos el tenente. No por su envergadura, sino por su porte. Los desarrapados inclinan la cabeza ante él; los hidalgos, el mentón. Y, aunque la plaza hierve de odio, su calma hiela.

A un lado, seria, la señora. Los adornos en hilo de oro de las mangas de su almexia cuentan que no es una simple dama. También se muestra en el gesto de complicidad que cruza con el tenente cuando éste le pide la venia para comenzar. Es hija de reyes. A su espalda, dos mujeres nobles. Permanecen en pie, con las manos entrelazadas. Una apenas ha salido de la pubertad, tan frágil que se tambalea con las ráfagas de viento, y la otra deja ver la huella de sus pasados años gloriosos en la amplitud de sus caderas.

En el lado contrario, el obispo en funciones de Semura. Dependen del obispado de Astorga, pero una ciudad de tal importancia necesita representación del alto clero. Capa de seda y manto de piel de conejo. Barre con una mirada benévola los movimientos del vulgo, que patea el suelo, intranquilo. Después repasa a los suyos, diáconos y clérigos vestidos para la ocasión, y sonrío complacido hasta que posa la vista en el fruto de sus desvelos. Frunce los labios. El abad del monasterio de Santo Tomé es demasiado joven, demasiado apegado a la cura de los cuerpos y demasiado despegado de la liturgia para cumplir como debe con su cargo, según su opinión. Pero como monasterio real rinde cuentas a la infanta, no a él.

El espectáculo va a comenzar. Las gentes se alborotan unos momentos para calmarse enseguida en cuanto dos peones empujan hacia la tarima a un hombre imberbe, casi un

niño. Las calzas sueltas y la túnica parda atada a la cintura con un cordón dan fe de su naturaleza. Todos callan. Es uno de los suyos.

Una voz potente relata su fechoría.

—A este criazón de la casa de los Fernández se le acusa de haber violentado a una criazona de la infanta doña Urraca.

El delito es grave. Se hubiera podido llegar a un acuerdo entre las partes, pero el caballero de los Fernández rehúsa perder a su criazón. Nadie comprende tal cabezonería. Los murmullos se derraman en una cascada imparable. Chascarrillos, interjecciones. Algunos fijan la mirada en la muchacha que, cerca de la señora del castillo, acurrucada en el suelo, oculta su rostro con el cabello suelto. Es doncella. Criazona y dependiente de su señora, pero doncella.

El tenente lo tiene tan claro como el público: el acusado deberá remedar su pecado tomando por esposa a la agraviada y, como compensación a la infanta, los dos formarán un hogar bajo su guarda y tutela. Así lo declama en voz alta. Es la tradición.

Un hombre se adelanta. Viste como hidalgo, y como hidalgo grita. No está conforme, es su criazón más valioso. Pero el día de justicia es sagrado, y los peones no tienen miramientos en apartarlo del muchacho por muy influyente que sea el ofendido. Todos asienten, satisfechos. Todos menos la doncella, que se lleva primero las manos al vientre y después al rostro surcado de lágrimas.

Tras el primer acusado se suceden reyertas de borrachos, pleitos sobre tierras, dimes y diretes. Nada importante. Incluso las risas inundan el auditorio cuando un cliente insatisfecho se encara con una yerbera. Mujer descarada donde las haya, con buena planta y aún agradable a la vista, tapa la boca del denunciante ofreciéndole otros servicios, los de la carne, puesto que sólo la acción directa puede levantar lo alicaído, pese a las muchas hierbas que éste se beba. Es

bien conocida en la ciudad, aunque duerma extramuros, y la gente celebra su desparpajo. Incluso el tenente esboza una sonrisa y la señora le dedica una mirada divertida.

El sol, en lo alto, calienta la lana de los mantos cuando le toca el turno al encadenado. Todos resoplan. Vuelve a prenderse el odio. Sin seguridad, no hay mercado; y, sin mercado, no hay comida, ni lana ni abalorios ni prosperidad. No todos lo expresan de tal modo, pero sí con los puños apretados y gruñidos.

El hombre que se yergue en ese momento es un ser extraño. Desarrapado y sucio, sin embargo, algo se percibe en su porte; el rastro de un orgullo pasado, quizá. El tenente lo mira con fijeza. Conoce las acusaciones, y también que no hay testigos directos de la tropelía. Hizo su aparición en Semura al mismo tiempo que varios comerciantes fueron asaltados en los caminos principales. Con el rostro embozado, los afectados no habían podido señalar a nadie en concreto, pero, por la complexión y sobre todo por la oportunidad, el pueblo decidió quién era el culpable.

—¿Algo que alegar? —pregunta el tenente con voz firme para que todos los allí reunidos lo escuchen.

Sus palabras desatan un torrente de interjecciones e insultos, y, entre la marabunta de sonidos, apenas se entiende lo que contesta el hombre arrodillado.

Las autoridades se miran. El obispo asiente, la señora parpadea, el tenente suspira. Cuando el juicio del hombre falla, se debe recurrir al de Dios.

—Su culpabilidad se decidirá mediante la ordalía del caldero.

Estallan los vítores. Un espectáculo más para entretener ese invierno en el que Semura se viste de escarcha y se envuelve en niebla un día sí y el otro también. Los rayos de sol reinan en contadas ocasiones, y el populacho necesita algo que caliente los ánimos. Una ordalía, la demostración

del poder de Dios sobre los hombres en este mundo y en el de más allá, es justo lo que anhelan. Será el propio obispo quien se haga cargo al día siguiente.

Los ánimos se templan, y las gentes comentan los por menores mientras se dispersan para reanudar sus quehaceres. Nadie repara en el gesto descompuesto del abad de Santo Tomé, ni en la mirada que cruza con el reo, mitad de reconocimiento mitad de lástima. Tampoco en la de advertencia que, en silencio, dirige una mujer que se cubre la cabeza, cuyos rasgos y modos la definen como judía; es la yerbera con el oficio más antiguo del mundo. Ignoran también el llanto silencioso de la criazona, cuyo destino es el casamiento con su ofensor, así como la actitud de la joven dama, delgada como un junco, que apoya la mano en el hombro de la doliente en un intento de infundirle ánimos. Ni siquiera posan la vista en el caballero al que le han quitado a su sirviente, que aprieta los puños mientras una mueca torva declara que no acata la sentencia. Detalles que se lleva el viento mientras un sonido de cascos oculta las conversaciones. Tan sólo el niño nómada, que intenta componer una canción en su cabeza de lo acontecido, memoriza cada imagen, sonido y aroma de los que han bailado contra las piedras.

Antes de que los notables se levanten de sus asientos, irrumpe en la plaza un jinete a galope. Se abre paso hacia la tarima, descabalga y se arrodilla ante la infanta. El barro salpica sus ropajes, y su rostro lividece cuando se incorpora para dar las nuevas. El sol se oculta entre unas nubes díscolas, y el frío envuelve las piedras en sombras.

—Malas noticias desde Golpejera, mi señora.

Por un instante, la mujer cierra los ojos y el dolor frunce sus labios. Son unos segundos de duelo, pero pronto se repone para conocer el resto del anuncio. Tras ordenar al caballero que la siga a su palacio, sentencia:

—Ya sabéis para qué debemos prepararnos. Vendrán.

PRUDENCIA

Elka

*Trace el viento la orilla clara
del Duero, señor poderoso.
Salve y guarde la muralla
con su canción sobre el lomo.*

*De un lado las aguas del río,
del otro la peña tajada.
Coronada de torre y castillo,
Semura, ciudad amada.*

—Tú no eres de aquí.

Aquella afirmación pilló a Elka desprevenido. Se levantó de un salto, dejando caer la sambuca, para alejarse de aquel espíritu del bosque que pretendía llevárselo, al igual que a sus hermanos. Sin embargo, delante de él sólo vio a una niña de rizos oscuros, apenas un par de estaciones menor que él, que lo miraba con curiosidad.

Elka, obedeciendo a su padre, había estado practicando con el instrumento en un claro de hierba cercano a las aceñas de la puebla de Olivares. El juglar había acudido a los molinos en busca de información precisamente por ser uno de los lugares más concurridos de la ciudad, pero, como sabía que a Elka no le gustaban las multitudes, le había permitido que lo esperara allí.

«Es importante que comiences a acostumbrarte a la cadencia de las cuerdas. Si todo va bien, madre no podrá actuar conmigo durante un tiempo. Aunque seas incapaz de cantar, necesito de tu música», le había dicho mientras le acercaba el instrumento de madera armado con cuatro cuerdas. Elka observó por un instante las manos del hombre, tan delicadas que contrastaban de forma dolorosa con su figura espigada y seca tras tantos años viviendo por los caminos. El cabello pajizo le raleaba en la coronilla, aunque le rozaba los hombros. Su mirada, del tono de la corteza de los árboles, destelló al encontrarse con el gesto del chiquillo. Era muy parecido a él, mas su pelo era ya más cercano al atardecer que a la noche. El niño caminaba hacia su primavera, y el padre hundía los hombros bajo el peso de los inviernos.

—No te alejes demasiado, hijo mío. Conoces los peligros —le advirtió antes de dejarlo solo con los sonidos del bosque.

Si hubiera sido mujer, no le hubiera permitido quedarse sin compañía. En la retina de Elka perduraba la imagen del juicio en el que se había pactado el casamiento de aquella criazona, y se preguntó qué habría pasado en realidad. La agresión estaba fuera de toda duda; había testigos de que la muchacha vestía de forma adecuada cuando salió del castillo. En caso contrario, el dictamen habría sido diferente. Con aquel desposorio, el pueblo aceptaba que había sido una buena mujer y protegería a su hijo en el caso de que hubiera quedado preñada. Aquello significaba la vida. Para los tres.

Cerró los ojos mientras acariciaba las cuerdas con las yemas de los dedos. Una vez a salvo en su soledad, se reencontró con la melodía que le brotaba en el pecho. Nunca era igual, y sin embargo la reconocía como propia en cada ocasión. Se trataba de una semilla en crecimiento, de un chorro de agua escapando entre las raíces de un árbol en la ribera, de una ráfaga de viento que le hacía volver el rostro

hacia el horizonte. Sus pensamientos, tan enmarañados que si intentaba temprarlos en voz alta rehuían de sus labios y enmudecía, fluían con gracia a través de la música.

Con la primera nota, buscaba encontrar su esencia. Como juglares, viajaban de acá para allá llevando alegrías y tristezas a las gentes que quisieran escucharlos. Las penas de otros siempre eran bienvenidas cuando era posible olvidar las propias por unos momentos, y los gozos nunca sobraban, aunque fueran ajenos. Elka había perdido la cuenta de los pueblos y castillos donde habían tocado desde que tenía memoria. El camino, el polvo, la lluvia y el fuego. El frío, la niebla, la carcajada y el llanto. La madera, el soplido, el canto y la cuerda.

El latir de la sambuca entre sus manos le habló entonces de la muralla que habían cruzado el día anterior. Piedras orgullosas de una ciudad de frontera, unas sobre otras, frías e implacables, resguardaban a los suyos, como las propias gentes que habitaban a un lado y a otro de la línea defensiva. La inexpugnable Semura. El río Duero caracoleaba esos días de primavera lamiendo los límites de la ciudad, ganando terreno al vergel, empujando las piedras de los molinos, alimentando las zudas y las aceñas con violencia, para luego convertirse en un amante delicado al llegar al puente que desembocaba en la puebla de Olivares y el alzado de la muralla. Los olivos de los que tomaba el nombre aquel barrio extramuros parecían callar ante la ausencia de heladas, a la espera de que los cielos se mostraran más cálidos y pudieran florecer. Era ese verde añejo de sus hojas duras el que preñaba los campos, como dura era la piedra con la que se alzaba la ciudad.

Semura. La ciudad de su esperanza. Elka cantó a través de las cuerdas a sus líneas tajantes, a las torres defensivas desde las que daban la voz de alarma cuando los árabes llegaban para saquear en los veranos de esos años aciagos. Semura,

reconstruida sobre la sangre y los pedazos. Gentes rudas, supervivientes. El día anterior los había visto clamar justicia para restaurar la paz de los caminos. ¿Sería aquel hombre de mirada tormentosa culpable? ¿Saldría indemne de la ordalía del caldero? Elka jamás había presenciado ninguna, pero sabía en qué consistía. Y, sin duda, el juicio de Dios era el más justo.

De repente, en la soledad de aquel rincón alejado del movimiento de las aceñas y del moler del trigo, las ramas de los árboles cambiaron su susurro y una nube oscureció el cielo. El batir de unas alas le hizo volver la cabeza hacia lo más recóndito del bosque, allí donde la luz se enredaba en la espesura sin penetrarla.

«Buh, buh».

La vibración de la cuerda le rasgó la yema de uno de los dedos. Una gota carmesí le resbaló por la mano, y la nota quedó suspendida en el viento un instante, hasta que se deshilachó. No podía ser; debía de tratarse de imaginaciones suyas. Aquel ser de pesadilla se había quedado atrás, en los caminos, en el último sepulcro que habían tenido que cavar. Y fue en ese momento cuando escuchó la voz de la niña:

–Tú no eres de aquí.

Elka recogió la sambuca del suelo mientras negaba con la cabeza. Sintió la mirada infantil sobre él y su falta de extrañeza ante su silencio. Al contrario, la niña se acercó y le puso la mano sobre el pecho con tal decisión que el muchacho se quedó paralizado. Un cosquilleo agradable le recorrió la piel. Se fijó en que la pequeña llevaba prendida una figa, un amuleto de piedra negra con forma de mano cerrada, en la pechera de su vestido, junto con un colmillo pulido de lobo.

–Suena muy bonito ahí dentro. Te escucho, aunque no hables. –Hizo un mohín de complacencia–. Pero tienes mucho miedo. ¿Tú también lo has escuchado? Las viejas cuentan

que es el Bú. Aparece por la noche, aleteando, para llevarse a los bebés que no pertenecen a este mundo. Mi segunda madre dice que no es verdad, pero yo lo he visto... Me llamo Marina y soy como mi primera madre, pues ella sabe manejar a las criaturas del bosque. Yo no temo al Bú.

El rostro de Elka palideció. Por supuesto que él sí lo temía. Era el monstruo que había matado a sus hermanos.

El incipiente embarazo de su madre los había anclado a Semura por un solo motivo: la mujer cuya fama como sanadora había traspasado las murallas. Ya tenían demasiados sepulcros a sus espaldas. Desde el nacimiento de Elka, ninguna otra vida conseguía enraizar en el vientre de quien lo había parido. Se estremeció al recordar aquello que había visto entre los árboles justo antes de que su madre perdiera al primer bebé. Los ojos del infierno. Las alas de oscuridad. Y el ululato: «¡Buh!». Lo había escuchado en cada ocasión en la que su madre se retorció de dolor sólo para parir muerte. Más tarde, cuando se escabulló de la caravana de mercaderes con la que viajaban para dejar unas flores recién cortadas en la reciente tumba del tercero, allí estaba de nuevo, removiendo la tierra con sus garras.

Su madre se había ido consumiendo por la pena hasta que, tres lunas antes, la ausencia de sangre y una leve redondez habían vuelto a colorearle las mejillas. Elka quería creer que habían dejado atrás la maldición. Hasta llegar a Semura, había ido vigilando los caminos, sobre todo al caer la tarde, atento a cualquier llamada extraña, y sus pesadillas se habían calmado un tanto. Y, sin embargo, ahora lo había escuchado de nuevo.

—¿No sabías cómo se llama? Ya veo que no... —Frunció el ceño, como rebuscando en sus pensamientos—. Cuentan que el Bú era un hombre que amaba la noche por encima de todo, que ansiaba sobrevolar el cielo en busca de las estrellas para saber de qué estaban hechas. Quería ver lo que

otros no podían, y quería ser el único que lo hiciera. Al fin, los espíritus del bosque le propusieron un trato. Mas, como todo lo que otorgan los que se mueven en las sombras, era un regalo envenenado, y sólo puede volar a ras de suelo, olfateando a los que son especiales, entre muerte y podredumbre. Puede ver lo que se esconde a los ojos de los hombres, pero las estrellas le son siempre esquivas, puesto que quien se mueve siempre en la oscuridad pertenece a ella sobre todas las cosas.

Antes siquiera de que Elka pudiera responder, la niña sonrió y salió corriendo hacia las aceñas, con su vestido de buena tela revoloteándole entre los tobillos. Elka la miró con asombro, aún enraizado a la tierra, incapaz de moverse, mientras la brisa le alborotaba los cabellos castaños. Luego miró a su alrededor en busca de aquellas alas monstruosas. Todo parecía en calma.

La ciudad le había parecido muy hermosa, reina del lugar sobre la roca escarpada y el transcurrir del río, pero lo que había percibido en el día de justicia le había revuelto el estómago, y no por las penas impuestas. Aquel golpeteo desesperado de los cascotes del caballo que llevaba las nuevas a la señora del castillo le había erizado el vello sin saber muy bien por qué. Elka, que atendía a la música escondida de cada golpe de viento, había captado palabras de desolación y muerte en las ráfagas que acompañaban al jinete; palabras que quedaron flotando sobre los tejados y que ahora volvían a él, asustándolo tanto como aquel batir de alas que se cernía sobre su hermano no nacido. Aferró la sambuca contra su pecho y comenzó a caminar en pos de su padre. Ya no podía quedarse solo allí. Sabía defenderse; pero de los hombres, no de los monstruos.

Urraca

Todo había ido mal desde la muerte de doña Sancha.

Urraca acarició las ilustraciones de su libro de horas. Percibió los pigmentos de colores y el laminado en oro y admiró una vez más las líneas de los dibujos.

El apocalipsis. La destrucción del mundo para la resurrección de los justos.

Cualquier otro día habría leído en voz alta para sus criaciones en la sala común, con los pies cerca del fuego y la mente elevada hacia las enseñanzas del Señor. En aquellos momentos agradecía su lugar en el mundo como protectora, suministradora, maestra y guía de aquellos siervos sin linaje. ¿Qué sería de ellos, si ella faltara? Pero ahora añoraba las palabras claras y rectas que le habría regalado su madre, y por eso había preferido la soledad para leer. El libro de horas había sido un regalo de doña Sancha, y necesitaba sostenerlo entre sus manos, recrearse en los ricos trazados de sus ilustraciones y la belleza de sus palabras para calmar los aciagos pensamientos que la importunaban desde la llegada del mensajero.

Se recordó a sí misma que tenía un propósito, una obligación para con su linaje. Mantendría la promesa que hizo cuando su cuerpo de mujer apenas despuntaba. Ella era la primogénita y la guardiana de la prosperidad. Su familia no podía desaparecer en las arenas del tiempo. Y ello implicaba una renuncia, una soledad elegida. El olvido.

El matrimonio de sus padres había propiciado la unión de dos territorios que ahora volvían a estar en lucha. El rey Fernando nunca hubiera podido optar al trono de León, ni siquiera al de Castilla, pues sólo era un segundón en la línea sucesoria de ese condado que se había ganado a pulso el título de reino. Pero los caminos del Señor son inescrutables, y se convirtió, primero por el derecho de linaje de doña Sancha sobre el reino de León, y luego por derecho propio del de Castilla, en el monarca más poderoso de los reinos cristianos. Urraca sabía de cuando sus padres, siempre juntos desde sus nupcias en la adolescencia, tuvieron que sofocar las revueltas internas hasta ser aceptados por los nobles leoneses, al tiempo que vigilaban y luchaban en la frontera del reino de Navarra, en manos del hermano mayor de Fernando, su tío, al que venció de una vez por todas. Su padre siempre decía que los leoneses aprendieron a apreciarlo sólo por el amor que profesaban a doña Sancha. Y lo pronunciaba con arrobó y admiración, el mismo que ella hubiera querido para sí en un matrimonio. Pero su papel era otro.

Ya por sí misma recordaba los años de esplendor en que se había reformado la Iglesia, reforzado los monasterios, alentado el arte y la reunión de reliquias de santos, como las de san Isidoro. Fue entonces cuando lucharon contra los moros, para vengar las afrentas del inicio de su reinado. Afianzado el reino, sólo quedaba expandirlo hacia el sur para mayor gloria de la cristiandad. Los reyes don Fernando y doña Sancha habían trazado planes no sólo para sus territorios, sino también para la reforma de la Iglesia, gracias a los nuevos aires que llegaban desde el monasterio de Cluny. Sin embargo, todo aquello parecía ahora a punto de desmoronarse.

Primero murió don Fernando. En los días en los que se debía celebrar el nacimiento del Señor, el rey tuvo que ser transportado a su lecho en brazos, moribundo, tras la celebración de la salmodia de maitines. Dos días después lo lle-

varon en procesión a la iglesia, y, ante el cuerpo de san Isidoro, lo despojaron de los atributos reales, lo vistieron con tela de saco para su encuentro con el Creador y espolvorearon ceniza sobre su cabeza. Después lo devolvieron al palacio para que su fin fuera íntimo, sin aquella realeza que ya había abandonado entre los muros sacros. Ya a las puertas de la muerte, tuvo unas palabras con cada uno de sus hijos. Ella nunca supo lo que dijo al resto, pero atesoraba las suyas como la ley máxima por la que se regiría el resto de sus días. Aún podía sentir sobre ella la mirada regia de su padre instándola a proclamar aquella promesa, el tacto de la mano que iba perdiendo calor mientras ella asentía, en silencio, con un nudo en la garganta y el pecho herido.

Pocos entendieron el reparto de territorios que Fernando hizo entre sus hijos. Sancho, el primogénito, había recibido el reino de Castilla, su herencia directa. Alfonso, el segundo, había tomado la de León por derecho de familia de doña Sancha. Pero Urraca sí que lo comprendió: el rey y emperador don Fernando había querido proclamar que su legado y patrimonio era el castellano, y como tal se lo cedía a su hijo mayor. Luego, como guiño y deferencia hacia su esposa y su linaje, Alfonso heredó los territorios leoneses. Sin embargo, el poder del Imperio leonés era demasiado como para que Sancho, impetuoso y combativo, accediera a dejarlo en manos de un segundo en la línea sucesoria. El tercero en discordia era García. Urraca sacudió la cabeza con pena al pensar en él. Ninguno de sus hermanos lo tuvo nunca en cuenta, pero sí lo usaron para sus respectivos planes de conquista. Fue el primero en caer.

Todo había ido mal desde la muerte de doña Sancha.

Urraca añoraba sus caricias tranquilizadoras y sus sabios consejos. Les había enseñado, a ella y a su hermana Elvira, a amar la independencia que les otorgaba el infantazgo, cómo manejar los monasterios reales sin el control de un varón.

Mientras mantuvieran el infantazgo, ni siquiera su padre o sus hermanos podrían inmiscuirse en sus asuntos. La propia doña Sancha hizo uso de él antes de desposarse, y a él volvió tras la muerte de Fernando, para vivir apartada sus últimos días en uno de sus queridos monasterios, en aquel donde había sido abadesa en la adolescencia.

Aún podía escuchar su voz, con ese timbre melancólico, cuando le advertía sobre el amor. No el amor sereno que otorga la amistad y la admiración mutua, sino aquel que arrasa con un mínimo toque, que inflama el pecho y desnuda las pieles, que estalla, arde y consume. Su madre había amado así una vez. Su prometido, el conde García de Castilla, murió asesinado en sus brazos. Sus ojos se velaban al recordar la sangre que le empapó las ropas, aquel cuerpo de apenas trece años inerte contra el suyo. Ella había sido una niña enamorada, y solía contar a sus hijas que también la mataron aquel día, para resucitar años después como reina al desposarse con el sobrino de García, señor de Castilla por línea sucesoria materna, y asumir el trono tras la muerte de su propio hermano.

Urraca también había sentido ese mismo amor desesperado. Y, así como prometió a su padre en el lecho de muerte, se juró a sí misma que jamás volvería a sucumbir al fuego, pues ya conocía lo que era convertirse en cenizas tras una decepción.

Los dedos le temblaban al pasar las páginas del libro de horas. Sus hermanos habían luchado entre sí, y Alfonso, su preferido, había sido vencido. Sacudió la cabeza. Ella había tomado partido. Para la unificación de los reinos, necesitaban el temple y la diplomacia del segundo de sus hermanos, y haría lo posible por resistir hasta que éste ideara un plan que los liberara de los requerimientos de Sancho. Confía en el buen hacer de Alfonso y de su mano derecha, Pedro Ansúrez, ahora desterrados en la taifa de Toledo bajo el

ala de su vasallo Al-Mamún. Lo único que podía ofrecerles era tiempo... Y eso haría.

La responsabilidad la sacudía de nuevo. Aun así, asintió, temblorosa. Su decisión traería muerte, y eso pesaría sobre su conciencia. Más cuando la cosecha había sido pésima por culpa de unas heladas a destiempo y las provisiones, muy mermadas, serían escasas hasta la recolección en la próxima primavera.

De repente, un recuerdo enterrado se abrió paso en su mente, como si la agitación de su cuerpo hubiera resquebrajado una pared interna. Unos labios sobre los de ella, inexpertos, ansiosos y violentos. Unas manos recorriendo su espalda. Un cuerpo apretado contra el suyo. La sed. El hambre.

Apretó un puño contra su vientre para intentar frenar esa sensación que sólo aquel hombre le había provocado. En realidad, únicamente habían sido dos niños jugando con el fuego, hasta que la realidad los devoró. Aun así, un sudor frío le cubrió la frente, y tuvo que dejar el libro sobre su regazo para cubrirse el rostro con las manos. Si su hermano reclamaba Semura para sí, llegaría acompañado por sus mejores hombres. Y él estaría allí.

Álvar

–Entonces, antes de lanzarme al galope, aseguré la lanza contra el sobaco y clavé los pies en los estribos para...

–¡Estuvimos allí, García! –se mofó uno de sus compañeros mientras acercaba las manos a las llamas crecidas de la hoguera y se las frotaba con rapidez.

–Pero nadie cuenta las historias como yo, el gran caballero medio juglar y admirado por las damas, García Ordóñez. –Se recolocó la capa e hizo una reverencia a su auditorio. Algunos se repantingaban contra los troncos de los árboles, otros se sentaban en el suelo mientras aceitaban sus hojas, pero todos se habían aposentado cerca del fuego.

–De juglar tienes poco, Cara Torcida, y sobre tus conquistas, seguro que las damas tienen mucho que contar, suponiendo que sean damas..., pero en este campamento eres el único que nos ameniza la noche. No tenemos donde elegir. –La risa clara de uno de los más jóvenes fue coreada por el resto.

García le lanzó una mirada asesina. Fue hacia él y blandió su puño a escasa distancia de su rostro. Aquel joven era bien parecido a pesar de la barba crecida, hirsuta y oscura como su mirada, aunque conservaba el brillo pícaro y cierta rebeldía infantil.

–Contén tu lengua, Álvar. Te doblo en edad y en pericia.

–Entonces habrá que esperar a que tenga tu edad para valorar su valía, ¿no te parece? –intervino el que estaba más

cerca de Álvaro en tono pausado y grave—. Estamos de celebración, mi querido García... ¿Olvidas acaso la historia que estabas contando? Nuestro rey lo es ahora de León además de Castilla y Galicia, digno sucesor de su padre, el rey Fernando. Deja en paz a Álvaro y continúa.

Cara Torcida parpadeó un instante y sonrió de medio lado. Al fin, bajó el brazo. Era en esos gestos cuando la parálisis por un mandoble mal recibido en la juventud le afeaba más el rostro. Por eso, se contenía todo lo posible y trataba de mantener un rictus hierático.

Sin darse cuenta, Álvaro soltó el aire que había retenido. No era un cobarde, no hubiera rechazado una buena pelea, pero bien imaginaba que García lo hubiera vapuleado y que al día siguiente, cuando volviera a subirse al caballo para continuar el viaje hacia Semura, hubiera pasado un mal trago. No quería sumar nuevos dolores a sus ya maltratados huesos desde la batalla de Golpejera. Aún le costaba moverse por las mañanas, cuando desmontaban las tiendas. Campesinos, siervos, escuderos y caballeros comenzaban la jornada con el amanecer y, como una gran ola, arrasaban luego todo a su paso. El ganado comía los pastos frescos, se cortaba de los bosques la madera necesaria para las hogueras, los carros se hundían en los caminos por el peso de las tinajas de aceite, y saqueaban los puebluchos para reponer sus víveres cuando sus gentes no les prestaban ayuda de buena fe. Sólo en la anochecida, como en ese momento, cuando los reflejos de las llamas acariciaban las telas de las tiendas recién montadas y los leños humeaban, a punto de ser devorados, aquella marea que se había levantado en el reino de Castilla y devoraba las tierras leonesas que el rey Sancho había ganado parecía aquietarse.

—Tienes razón, Rodrigo. Y tampoco querría enemistarme con el escudero de nuestro señor don Sancho, caballero destacado en la captura de Alfonso y que tan bien protege a los suyos.

Les dio la espalda y carraspeó, antes de continuar con su relato.

–Minaya –susurró entonces Rodrigo al oído de Álvar–. No vuelvas a bromear a costa de García. Es de humor irascible y bastante rencoroso. No voy a estar siempre a tu lado para sacarte del embrollo.

Álvar puso los ojos en blanco, pero se abstuvo de contestar a su amigo. Era cierto que, al ser un poco mayor que él y estar mejor entrenado en la lucha gracias a su instrucción en la corte, lo había tomado bajo su protección, pero que lo sermoneara así le resultaba excesivo. Ya no era ningún crío. Percibió la mirada de adoración de su escudero, un muchachito con más voluntad que fuerza. Acababa de entrar a su servicio, y su admiración por él no parecía tener fin, aunque Álvar se decía que no había hecho nada para merecerlo. Apretó los párpados para dejar de contemplar aquel rostro imberbe y asombrado, y dejó que la voz de García Ordóñez lo retrotrajera a la batalla de Golpejera. El dolor que pulsaba en sus sienes iba en aumento desde que se había despertado.

–Como iba contando antes de la interrupción del ocu-
rrente y bisoño Álvar –el tono irónico rezumó cierta inqui-
na–, sé que recordáis a las huestes leonesas con Alfonso a
la cabeza, lanzas en ristre, esperando algún movimiento. Los
caballos piafaban y golpeaban con sus cascos la tierra helada.
Sonó un cuerno, y creo que nos dio igual a cuál de los
ejércitos llamaba, porque todos atendimos al sonido. ¡Tenía-
mos ganas de luchar! Entonces, antes de lanzarme al galope,
aseguré la lanza contra el sobaco y clavé los pies en los estri-
bos para...

Álvar dejó de escuchar a Cara Torcida y se sumergió en los recuerdos de su primera batalla.

El sudor se le deslizaba por la espalda hasta perderse en el tejido acolchado del gambesón. El peso de las armas y

la sensación de calor aumentaban al mismo ritmo que el golpeo de su pecho. Frente a él, podía divisar la hilera de caballeros leoneses, y un pensamiento fugaz de que ellos también estarían nerviosos a la par que excitados cruzó por su mente. Pronto cruzarían las lanzas, y no todos seguirían cabalgando. Quizás él mismo yacería sobre los hierbajos ásperos con el vientre abierto a pesar del duro cuero de su peto. Sacudió la cabeza para librarse de la imagen, y, con el movimiento, el nasal del casco le arañó la nariz. Aspiró una bocanada de aire que le supo a metal y a sudor. A miedo y a expectación. A guerra.

El cuerno cantó al fin. Su llamada reverberó en cada parte de su ser y, sin percatarse de cómo o cuándo, se encontró a galope, con los pies clavados en los estribos y lanza en ristre. Los leoneses ya debían de cabalgar también hacia él, y él hacia la gloria, pero sólo veía manchas de colores a gran velocidad. El viento contra el rostro, los dedos en garra alrededor del vástago de madera. Hasta que, de pronto, chocó contra algo que le pareció un muro salido de la nada y un dolor intenso le recorrió el brazo. Percibió el crujido de sus huesos contra el suelo antes de saber que había sido derribado. Se miró las manos, ensangrentadas y vacías. A su alrededor, algunas monturas sin jinete se encabritaban, y otras caracoleaban tratando de retroceder mientras los caballeros protegían su retaguardia. Unos cuantos peones luchaban ya a pie. Le pareció reconocer a su rey Sancho galopando al encuentro de su hermano Alfonso, rey de León. El gesto similar, el porte orgulloso, líneas elegantes, belicosas. Poderosos, letales, con sus cuerpos enlorigados centellando al sol.

Quiso incorporarse y lanzó un gemido al impulsarse con su brazo derecho. A su lado, un leonés yacía inerte. La lanza que Álvaro había portado momentos antes estaba clavada en su cuello, desprovisto de la protección del cuero con que sí cubría el resto de su cuerpo. Era su primera victoria

contra el enemigo, y no se había percatado. La euforia que esperaba no se produjo, pero sí notó un sabor agrio en la boca, entre la decepción y la vergüenza. Le duró poco. Un caballero corría hacia él para rematarlo con la espada; debía haberse dado cuenta de que estaba herido. Álvaro apretó los dientes y afianzó los pies, mientras buscaba su arma corta. No estaba. Pero el filo ya hendía el aire hacia su rostro, y alzó los brazos para protegerse en un gesto inútil. El aire le faltó de repente... Y regresó.

—Has perdido tu espada. Estás muerto, Minaya. ¿No te he enseñado nada? ¡Encuentra una!

La imagen de Rodrigo recuperando su hoja clavada en la espalda del leonés lo perseguiría el resto de su vida. Debería de haber sido un día glorioso, y, sin embargo, se encontraba desarmado y a merced de la pericia de otro hombre.

Su amigo le dio una palmada en la espalda, como restándole importancia al gesto, y desapareció en la algarabía para atender la llamada de su señor. Los regios hermanos se enfrentaban en combate singular, mientras sus hombres formaban un anillo alrededor para que ninguno del otro bando pudiera alcanzarlos. Álvaro barrió el entorno con la mirada. Aferró entonces la espada del caballero al que había matado y se dijo a sí mismo que la había ganado por justicia, aunque también por suerte, así que bien podía convertirse en su trofeo. La alzó a tiempo de entrechocarla con la de un leonés que había perdido el casco. Su frente se había convertido en una pulpa sanguinolenta, y no le costó rechazar su mandoble. Incrustó entonces la hoja en la carne blanda del abdomen, y al instante el hombre eructó un gorgoteo rojizo y se desplomó.

Clamaron vítores, y entre los gritos le pareció oír el golpeteo de los cascos de un caballo. Un ruido ensordecedor, un trueno que le reverberó en las sienas. Y todo se apagó de repente.